

El duro despertar

La alarma llega de improviso mientras ojeo unos catálogos. Es del tipo 4, algo que no recuerdo en mi todavía corta carrera, y eso me sorprende pues no reconozco el distintivo aullar de la sirena. Tras reunir apresuradamente el equipo me dirijo corriendo al ascensor, donde Duguay ya está esperando mientras pulsa el botón de retener las puertas, y aguardamos a Laurent, a quien la alerta ha sorprendido en el aseo. Llega trastabillando y maldiciendo, mientras se abrocha el cinturón.

Subimos hasta el helipuerto. El sistema ha escogido ya una nave al azar, y en los pilones de carga unos brazos robóticos terminan de instalar material diverso adaptado al tipo de emergencia. Hay equipo médico, de excarcelación y contraincendios. Unas mangueras semirrígidas terminan de llenar los depósitos de agua y espumógeno e inmediatamente se desanclan y se recogen de forma autónoma. Las luces de la plataforma ya han cambiado al color verde mientras mis compañeros y yo terminamos las últimas comprobaciones antes de subir y sentarnos. Laurent va delante de mí, de espaldas al frontal, mirándome. Agarro uno de los ordenadores de a bordo, colgado en una bolsa de rejilla en la pared, y lo coloco en uno de los soportes pivotantes tras desplegarlo de su hueco. Me identifico, cargo los datos de la emergencia y arrastro la ubicación de esta hasta el recuadro de destino para la IA de la aeronave. Tras confirmar, se cierran los portones y despegamos sin brusquedad, todo suave. Laurent coge otro ordenador y cotillea la información; Arcángel Dos van también y nos veremos allí. Las del tipo 4 son muy infrecuentes, casi nunca se ven en riesgo las vidas de los ciudadanos de nuestra magnífica utopía. Mientras el mundo duerme, somos sus guardianes.

Me asomo a los ventanucos. He hecho esto bastantes veces, pero nunca me canso de mirar el paisaje que supone la gran urbe vacía, no me acos-

tumbro ni creo que lo haga jamás. Es gigante, inacabable casi, pero sin apenas movimiento ni signos de vida en sus brillantes estructuras metálicas. El sol luce bajo, de forma apagada pero sin oposición en un clima controlado y perfecto. Estamos en invierno, aunque sólo en nombre ya. Una de mis aficiones durante mi tiempo libre es ir a los Campos Periféricos, donde aún se permite la lluvia, y sentir las gotas golpeando en mi piel, riendo como un crío. Las ciudades tienen como mucho alguna nube aislada, pero nunca precipitaciones que puedan deteriorar las flamantes edificaciones. Es todo colosal pero frío y muerto, como las antiguas catedrales o las tumbas de los faraones. Un testimonio a la intrascendencia del ser humano.

Seis minutos después nos aproximamos al destino. Es un sector colmena más, un edificio con poco vistosos adornos y ventanas como cualquiera de los que lo rodean en muchos kilómetros a la redonda. Son tan altos que las «calles» más abajo están sumidas en una cuasioscuridad permanente. Por su aspecto genérico sería imposible distinguirlo del resto de no ser por la gruesa columna de humo que brota de una de sus fachadas, donde un enjambre de drones trata de mantener la situación bajo control hasta la llegada de los equipos de intervención como nosotros. Además, sus balizas parpadean con insistencia. Está todo iluminado, y supone un gran espectáculo.

Aterrizamos en su azotea, donde la otra nave reposa aún caliente. Estaban algo más cerca que nosotros. Nos echamos el equipo al hombro y dejamos el «cuervo» en espera junto al suyo; por seguridad todas las edificaciones poseen suministros y bocas que podemos utilizar y por el momento no es necesario que gastemos nuestras exiguas reservas de líquido. Hay elevadores, pero por rutina siempre usamos las escaleras aunque la posibilidad de que uno falle sea remota. Las botas resuenan ruidosamente en el metal y ya en el tramo anterior al piso somos interpelados. Es Duchesne.

—¿Hola? ¿Arcángel Uno?

—Aquí estamos para la fiesta —responde Duguay, doblando la esquina.

—Y vestidos para la ocasión —añado yo, detrás de él.

Nos saluda fervorosamente y sujeta la puerta de emergencia para que pasemos. En el pasillo vemos a Bernard y Forget. Estamos todos.

—Menudo lío —dice el último—, no entiendo cómo ha podido pasar esto... Por lo visto se ha sobrecargado un transformador y no ha saltado el diferencial, ha empezado a quemarse de mala manera, y al ser zona de cuadros eléctricos no hay aspersores... Al final el depósito aledaño ha reventado y ha abierto un buen agujero, con lo que el «hepta», que sí estaba, no ha servido de nada. Se ha vaciado hace unos minutos.

La sobrepresión, como todo en esta vida, ha buscado el camino de menor resistencia, que han resultado ser las ventanas. De ahí la columna de humo que hemos visto desde fuera.

—¿Cuánta gente hay aquí? —pregunta Duguay.

—No muchos, para ser exactos... —Forget toquetea la pantalla de su antebrazo—. Diecisiete en las cámaras del sector superior, no creo que llegue a afectar a los inferiores por muy mal que se ponga la cosa.

Las normas de construcción de edificios residenciales obligan por seguridad a implementar un sistema de bloques aislados, de forma que en el remoto caso de un accidente los daños sean contenidos en la medida de lo posible. Y ningún fuego, por potente que sea, podrá superar los cinco metros de zona aislante que separan unos de otros. Los conductos que los unen mediante escaleras y ascensores son también inexpugnables, o esa es la teoría. En cuanto al armazón que sirve de esqueleto al edificio, será capaz de aguantar hasta varios miles de grados. Pero en este bloque todavía se puede armar un buen lío.

Como para dar validez a este pensamiento y a las palabras de Forget, unos amenazadores tentáculos de humo reptan por el techo al final del pasillo, acortando la distancia que nos separa. Parece como si el incendio extendiese sus garras hacia nosotros, impaciente. Sea lo que sea lo que vamos a hacer, tiene que ser ya, sin dilaciones. Esta imaginaria cuenta atrás no me supone ningún problema: trabajo mejor bajo presión.

—Lo primero es sacar a todo el mundo de aquí. Luego ya pensaremos algo —dice Bernard, con su carraspera permanente.

—Vamos a despertarlos y que corran un poco estos vagos —asiente Forget.

El humor abunda. Mis colegas de Arcángel Dos llevan años trabajando juntos, y es evidente cuando los oyes intercambiar befas en mitad de situaciones así. Tampoco mis dos compañeros les van muy a la zaga.

—Espero no tener que cargar con ningún gordo. Otra vez —concluye Duguay.

Nos repartimos la tarea. La cosa se está poniendo fea por momentos y no tiene sentido perder tiempo yendo todos juntos vivienda por vivienda. Forget, que es el más veterano de los presentes y por lo tanto tiene el mando táctico de la emergencia, lanza una orden en su ordenador para iniciar el despertar de todos los inquilinos de este bloque sumidos en un letargo. A continuación, nos dividimos y vamos recorriendo el pasillo, cada uno a una puerta. Con nuestros códigos de prioridad las desbloqueamos y accedemos al interior —estéril y minimalista salvo contadas excepciones— para cosechar a los ciudadanos que brotan de las cápsulas de simulación como recién nacidos: cegados, confusos y llorosos.

Mi primer cliente es una mujer de mediana edad. Patalea entre ahogos, y la sujeto unos momentos para evitar que se haga daño, hasta que se tranquiliza. Me mira entre rápidos parpadeos de sus lagrimeantes ojos como si estuviese viendo a un fantasma, lo que puede que sea una descripción acertada de mi aspecto actual. Cuando se muestra más calmada, procedo a desconectar la vía intravenosa y los numerosos sensores repartidos por su cuerpo, apenas tapado por un bodi de color verde hospital, así como las sondas de recolección de residuos biológicos. Le retiro la malla neural de la cabeza dejando al descubierto su aplastado pelo cobrizo. Mientras la ayudo a erguirse, veo el agujero en la nuca de la mujer, que tiene un aspecto siniestro, y reconozco uno de los modelos de puertos de conexión de primera generación. Ella habrá sido una de las primeras en conectarse, antes del desarrollo de la más moderna y menos invasiva interfaz neural por sensor inalámbri-co.

—Y-yo... Dónde... —balbucea, confusa. Debe llevar bastante tiempo desconectada. Todo el mundo quiere ahora una vida perfecta e ideal, sin dolor ni dificultades. Quedan pocos motivos para estar fuera, salvo que seas un rarito como yo.

—Esté tranquila —respondo con la voz más amable que soy capaz—, acaba de ser extraída de su sueño. Ya no está en la simulación, repito, ya no está dentro. Esto es el mundo real —se me antoja extraño pronunciar esto.

Mira a su alrededor, indecisa. Sé que debe estar viviendo una pesadilla, y no quiero presionar ni ser descortés, pero echo vistazos por el rabillo del ojo a la puerta de la vivienda esperando ver entrar la nube de humo. Tenemos que ir rápido y no hay mucho tiempo que perder para que ella restablezca las anquilosadas sinapsis de las neuronas que procesan la realidad.

—Hay una emergencia, ha habido un problema, un incendio —la apremio, cogiéndola por las muñecas para captar su atención—. Tenemos que darnos prisa, estamos evacuando la zona.

La mujer asiente, algo menos agitada, pero es evidente que no le gusta la situación ni tampoco la ausencia de alternativa.

—Tenemos que...

—Irnos. Sí —la interrumpo, aún amable pero resolutivo.

Con poca pericia, trata de desmontar de la cápsula y apoyar los pies en el suelo. La ayudo en la medida de lo posible, pero es mejor que coja soltura cuanto antes. El día puede ser difícil.

—¡Ay!

Se tambalea. El sistema de soporte vital proporciona al huésped determinadas sustancias anabolizantes incluidas como parte de la nutrición en vena, así como un programa de estímulos eléctricos diarios en sus músculos que logran evitar hasta cierto punto el debilitamiento asociado a la inmovilidad permanente. Pero no solucionan la falta de experiencia: el sistema nervioso no está acostumbrado a ello y sus movimientos son torpes, como los de un bebé que aprende a caminar.

—Venga —le insisto, pasando su brazo por encima de mis hombros—, por aquí —obediente, nos dirigimos a la puerta. Tal vez esté demasiado cansada para protestar.

Salimos al pasillo. Algo molesto, compruebo que Duguay y Laurent ya han sacado a sus civiles afuera y han entrado por los siguientes. Puede parecer impropio un «pique» en una situación así, pero según lo que nos enseñaron nuestros propios instructores, la competitividad produce mejores resultados.

Con dulzura y sin perder las formas, ayudo a la mujer a sentarse en el suelo del corredor, con la espalda apoyada contra la pared, y tras pedirle que no se mueva de allí —seguro que ni se lo ha planteado— salto hasta la siguiente puerta. No quiero ni perder tiempo en anular el bloqueo: afianzando un pie en el suelo, reviento la cerradura de una certera patada con la bota de suela reforzada. De acuerdo, puede que no fuera estrictamente necesario, pero llevo tiempo sin hacerlo y es una sensación genial. Soy un aprovechado, lo sé.

Este apartamento es idéntico al anterior, salvo que la disposición interna es una imagen reflejada del otro. Corro al cuarto donde aguarda la cápsula, y compruebo sorprendido que su inquilino ya está fuera de la misma, de pie. Es una chica, bastante más joven que la anterior, pero desde luego más espabilada. Apenas necesita apoyarse en la mesa para permanecer derecha. Según irrumpo en la estancia, se sobresalta y alza un brazo como queriendo protegerse de lo inesperado.

—Tranquila. Estoy aquí para ayudarla.

No titubea tanto como la anterior. Se limita a hacer un gesto de interrogación, como instándome a que amplíe mis explicaciones que le han parecido insuficientes.

—Hay una emergencia, un incendio. Estamos evacuando el edificio —repito la letanía.

Procesa enseguida la información. Es avispada, está claro.

—Sois bomberos, ¿verdad? Del SDIS.

Como todos los conectados, una vez al año participa en clases obligatorias de educación ciudadana que intentan evitar su desconexión completa del mundo físico. Entre las materias que se enseñan, está el sistema de rescate y emergencias del que formamos parte.

—Exacto. Y lo siento, pero tenemos que...

—Salir, ya —me corta—. ¿No hay otra opción? Se supone que todo es resistente contra el fuego y esas cosas...

La verdad es que estas viviendas están diseñadas para lo que están, un riesgo mínimo, y aunque el edificio en sí tenga aislamientos y secciones bunkerizadas, ni estos tabiques ni la puerta que acabo de forzar proporcionan mucha seguridad ante un buen incendio. No tiene sentido que Adminis-

tración gaste muchos recursos en algo que se supone no va a ocurrir nunca, ni en adornar hogares que no van a ser realmente usados para hacer vida. Es de lógica. Pero quizá sea demasiado hiriente si me sincero así con la chica, aunque tengo la curiosa sensación de que es algo más dura que el resto.

—Me temo que no bastará. Por precaución, tenemos que llevarlos a un lugar seguro mientras nos ocupamos de ello.

No se lo piensa ni dos segundos.

—De acuerdo. Vamos.

Sus primeros pasos son inseguros, pero rechaza toda ayuda. Salimos al pasillo, que poco a poco va ganando bullicio a medida que más y más civiles atemorizados lo pueblan, acostumbrándose a las nuevas sensaciones, cada uno a su ritmo. La peor será el olor, desde luego. Guío a la chica hasta mi primera rescatada, y le pregunto su nombre. Algo avergonzado, me doy cuenta de que no lo hice con la anterior. Puede que tenga algo que ver con su juventud y su hermoso rostro.

—Yvette —responde.

Como para intentar arreglarlo, le pregunto también a la mujer, que responde con un hilo de voz «Chloé». Le pido a Yvette que por favor se quede con ella, cuidándose mutuamente, aunque es obvio que la joven no lo necesita.

—No te preocupes, yo me encargo —dice casi con desdén.

La chica tiene dieciocho años, así que debe llevar poco tiempo conectada. La ley requiere la mayoría de edad para hacerlo, pero ese límite baja a dieciséis con consentimiento de los padres o tutores, aunque sin superar nunca el 50 % de su vida diaria. Quizá por eso se maneja con más soltura. Aún no ha podido olvidar. Paradójicamente, los adultos son los que se encuentran más perdidos e indefensos, puesto que son los que más tiempo han pasado en suspensión. Sus años de experiencias en el mundo real quedan muy lejos.

Con esta reflexión, miro a mi alrededor buscando alguna puerta aún no abierta, ya quedan pocas. Mis colegas van a un ritmo frenético. Corro hacia la más próxima, patada y abajo. Me encuentro a su habitante en el suelo, junto a

la cápsula, llorando. Es un hombre mayor, puede que pase de los sesenta. Mi corazón da un respingo porque sé que va a ser difícil con este.

—El fin... Es el fin —solloza.

Acudo a su vera y cojo su mano entre las mías en un gesto de consuelo. Intento transmitirle confianza.

—No se preocupe. Somos de emergencias, hemos venido a ayudar. No les va a pasar nada.

Al oír esto tiene lugar una peculiar transformación. El hombre deja de llorar, consigue dominar sus emociones, y me mira con ojos serenos y vivos. No me creo que sea debido a mis palabras. No soy tan buen psicólogo.

—Tienes razón, lo siento. No hace tanto que...

—¿Cuánto lleva?

—No mucho, algo menos de un año. Desde que...

Baja la mirada, algo abatido.

—Desde que perdí a mi esposa.

—Lo siento.

Alza la vista de nuevo, y me sonrío. Noto cómo me aprieta la mano.

—No pasa nada. Es sólo que... yo... Bueno, que me sentía solo, ¿sabes? Por eso entré. Hoy día, es tan difícil hacer amigos aquí afuera... Allí al menos siempre hay alguien. Siempre.

Hace una pausa mientras coge aire. Se le nota cansado, aunque puede que sea más mental que otra cosa. Lo que ha dicho antes me ha tranquilizado: no lleva mucho tiempo en simulación, así que a pesar de su edad no parece que vaya a suponer un problema. Tanto mejor.

—Allí estamos todos juntos.

Discrepo, a sabiendas de lo que he visto en otras intervenciones. Aun con toda la humanidad unida en un único sitio, no creo que haya un lugar más solitario que ese. Pero opto por no decir nada. Lo que cuenta es que el hombre saque fuerzas de donde sea. Oigo voces en el pasillo, y me parece que somos los últimos. Y estoy oliendo a quemado.

—Venga, yo lo ayudo. ¿Cómo se llama?

—Jean-Claude. Jean-Claude Patrice Baptiste Guillaumont.

Le asisto a ponerse de pie, y casi en volandas lo llevo afuera. Mis compañeros están haciendo recuento, los civiles en una fila a un mismo lado del pasillo. Tenemos gente de todas las edades y condiciones. Sus caras son el espejo del alma, que en este caso ha vivido tiempos mejores. Pero entre nosotros seis y los que mejor se apañen lograremos pastorear al resto de atemorizados ciudadanos. Antes de que acabe el día, con suerte, estarán volviendo a sus simulaciones, y terminarán por olvidar.

—A ver, présteme su atención. Como pueden ver hay una emergencia del tipo 4, un incendio. Somos los equipos de Emergencias 381 y 382 y hemos venido a poner orden y asegurarnos de que estén todos a salvo.

Mientras el «jefe» explica la situación, Duchesne se me acerca y me habla en voz baja. Viene con ganas de chinchar.

—Así que el último, qué vergüenza... ¿Te parece bonito? Encima de que eres el más joven...

—Habéis tenido suerte. Seguro que los vuestros han salido sin tener que pedirselo dos veces.

—Claro, claro, y seguro que tú no te has tomado tu tiempo con la chavalita esa... Menudo pájaro estás hecho —me guiña un ojo con intención, pero lo conozco muy bien, a él y su socarronería, y no engaña a nadie. Luego le tocará pagar unas rondas.

—No quiero explayarme mucho, así que lo resumo —continúa Forget—. Tenemos que evacuar este sector sin pérdida de tiempo. Van a tener que hacer lo que nosotros les digamos, en todo momento. ¿Está claro? Si lo hacen, sus vidas no corren peligro.

«Si no...», pensamos todos sin decirlo. Recorremos de un vistazo las caras de la gente puesta contra la pared cual fila de detenidos. Alguno todavía conserva la esperanza de que todo sea una broma. Pero empieza a hacer calor. En el mundo virtual, uno no suda.

—De acuerdo, entonces. Vamos a ponernos en marcha. Dos de nosotros irán delante, dos en medio y dos cerrando el grupo, para vigilar que a nadie le pase nada.

Forget va el primero con Duguay. A mitad de la procesión, Bernard y Laurent. A mí me toca con Duchesne. Por ser el más nuevo deben querer un

veterano para enseñarme el oficio, o más bien para vigilarme por si armo alguna. Es fastidioso que a uno lo traten como un desvalido... Y según pienso esto, miro a Jean-Claude, que se me ha acercado en silencio y me pone la mano con suavidad en el omóplato.

—Siento haberme puesto así antes. Me pilló todo tan de improviso. Fue tan ridículo, ahora que lo pienso... —me dice.

—No pasa nada, es lo más normal del mundo. Estamos en una situación de peligro, ni siquiera a nosotros nos piden ser héroes.

—Muchas gracias, de verdad —sonríe calmadamente.

Ya estamos en movimiento, pero avanzamos a paso de tortuga debido a los rezagados que aún se tambalean, guiándose a tientas por las paredes y apenas sostenidos por su tren inferior. Son diecisiete vidas muy distintas las que ahora tenemos al cargo.

—¿Y tú cómo te llamas? —oigo a uno preguntar a su «vecino».

—Jacques.

—¡Yo también!

—Anda, y yo —surge la voz de otro, al otro extremo.

—¿Los tres sois Jacques?

No tengo ganas ni de reírme. Miro atrás y el fuego ha empeorado, el final del pasillo es ahora una vorágine en llamas. Parece la boca del infierno de Dante. Y aquí, fuera de los entrenamientos, no hay «botón del pánico» que extinga todo de golpe... Empiezo a tener dudas acerca de la calidad de construcción de estos edificios.

—Este no se apaga meando —Duchesne, que también se ha dado la vuelta para mirar, hace la observación con su chispa usual. No es su primera vez.

—No...

—Y encima se extiende rápido. Por los conductos, seguro. Recuérdate que nunca compre un piso de estos.

—¿Cómo lo sabes?

—Mira —dice, señalando con su índice una puerta que hemos dejado atrás.

Su ojo clínico no le ha fallado. Fijándose bien, es posible ver por la rendija inferior de la puerta el humo haciendo un efecto de «respiración». Es macabro, como el jadeo de un ser maligno e inteligente. Una sorpresa muy desagradable espera al otro lado. El acceso corresponde a un cuarto de limpieza, que irónicamente posee un invitador cartel fotoluminescente con la palabra **EXTINTOR**.

—Cuanto antes salgamos de aquí, mejor...

Hay cosas que es mejor no pronunciar en voz alta, ya que el destino parece oírlas y pensar una réplica. Uno de los rescatados, delante de nosotros, está empezando a mostrar signos de un ataque de ansiedad. Se hace a un lado rompiendo la fila y empieza a respirar de forma trabajosa, con las manos apoyadas en las rodillas.

—Esto no es verdad. Esto no es verdad. Tengo... ¡Tengo que salir de aquí!

En ocasiones, sufrir una desconexión o una pausa en el servicio puede resultar altamente peligroso. El año pasado asistí al fatal desenlace cuando un cortocircuito en un sistema de ventilación forzó la desconexión temporal de un joven de veintidós años, mientras la temperatura del *hardware* bajaba a niveles seguros. La repentina parada de la simulación y la ausencia de todo estímulo, sustituidos por una oscuridad agobiante, lo condujeron a un ataque de pánico que terminó por causarle un paro cardíaco. Su constitución obesa no ayudó en absoluto. Y ni siquiera era un «durmiente» a tiempo completo. Otros, como es el caso de este que nos ocupa, no aceptan que los han sacado «fuera» y piensan que todo es una broma o un juego dentro de la virtualidad, incapaces de distinguir entre realidad y ficción.

—Por favor, tranquilícese. Los estamos llevando afuera, ya casi estamos. Vuelva a la fila —Bernard lo requiere, cogiéndolo del brazo y devolviéndolo a su sitio—. Usted —dice, dirigiéndose al que había estado a su lado—, échele un ojo, no podemos estar pendientes de todos.

—Sí, sí... Claro —responde. Justo en ese momento, apenas le ha dado la espalda mi compañero, el otro vuelve a entrar en pánico y sale corriendo con poca pericia, achacable al entumecimiento de sus miembros.

—¡Tengo que salir! ¡Dejadme en paz!

—¡Tranquilo, yo lo cojo! —para terminar de liar la situación, el otro civil se lanza en pos del fugitivo con sus mejores intenciones.

—¡Maldita sea! ¡Eh, eh! ¡Matthieu, Léon, agarrádmelos!

Se arma un gran alboroto. Por efecto dominó, ahora hay más rescatados nerviosos que parecen tener algo que decir al respecto. La mitad se unen al motín espontáneo, y la otra mitad lo hacen de forma indirecta al pretender colaborar a domar a los primeros. Duchesne y yo no damos abasto para bloquear nuestro extremo del pasillo, y el espantado consigue rebasarnos.

—¡Mierda! ¡Píllalo!

—¡Tranquilo, te ayudamos! —suena una voz femenina detrás de mí mientras corro tras el cretino, que parece querer volver a su habitación a seguir con su jornada habitual como si el edificio no estuviera en llamas. Apenas me hacen falta unos metros para cogerlo. Le atenazo una muñeca y casi cae al suelo. De buena gana le daría un sopapo, pero lo tenemos terminantemente prohibido.

—¡Quietos! ¿Se ha vuelto loco? —aunque sé que es una pregunta retórica.

—¡Déjame! ¡Quiero volver!

Ruido de pasos a mi izquierda. Justo cuando me estoy preguntando cómo voy a contener a tantos yo solo, veo que mis tres «clientes» han decidido venir a echar un cable. Lo que me faltaba para terminar de amargarme el día. ¿Queda algo más?

—¿Pero estás tonto? Son bomberos, han venido a rescatarnos —a pesar de ser la más joven, Yvette se ha erigido en la líder del grupo, parece ser.

—Haga caso a este hombre —añade con voz sosegada Jean-Claude, tan bajo que cuesta oírlo—. Si colaboramos estaremos fuera de aquí en un pispás. Además, me temo que su vivienda ya debe ser pasto de las llamas... ¿No querrá volver ahí dentro, seguro?

Chloé no habla nada, limitándose a permanecer con ojos expectantes.

—Llamas... No pasa nada. ¡Yo las apagaré! ¡Es mi casa! —alega el hombre, con la expresión de un demente en su agitado rostro. Retrocede varios pasos en la dirección en la que vino, y durante un instante acaricio la ilusión de que entre en vereda y vuelva con el grupo, pero entonces con un gesto

de premura y decisión se dirige hacia una de las puertas. Es la del cuarto de limpieza que Duchesne me ha indicado antes. Se me seca el sudor al instante.

—¡No la abra!

Agarra el pomo y grita desconsolado cuando la piel de su mano se quema, pero la retira enseguida y no desiste en el intento. Usa su ropa a modo de trapo para envolverse y comienza a girarlo. Allá al fondo, mis colegas también lo han visto y contemplan con estupor.

—¡NO!

Me doy la vuelta y empujo al resto chillando que se tiren al suelo. Trato de posicionar mi cuerpo de modo que los cubra lo máximo posible. Un fragor golpea mis tímpanos y la deflagración surge con violencia cuando el fuego en déficit de oxígeno que había dentro del cuarto se ve reanimado por una bocanada de aire tras abrirse la puerta. El grueso de la misma da de lleno en el desdichado que está enfrente, y es lo último que ve. El pasillo se ilumina y el humo y las llamas lo invaden todo con alegría por verse liberados. Este error no puede haber salido más caro, pero de momento sólo hay que lamentar una víctima. Quedan dieciséis seres por llevar hasta la salvación. Lento, muy lento, levanto la cabeza que había cubierto con los brazos.

—¿Están todos bien?

Gritan como condenados, las caras rojas y el trauma de lo que han vivido muy grabado en sus retinas. Al otro lado del pasillo estarán bramando también, pero es imposible oírlo por el estruendo que aún retumba en este espacio tan estrecho, y el sonido de los materiales en combustión. Echo un vistazo al desastre. El paso ha quedado bloqueado y el cadáver —cada vez más carbonizado— del hombre queda ahí en medio como una advertencia diciendo «ni lo intentéis». No llevo ningún extintor, y el más cercano está en el horno que acaba de cremar a ese pobre infeliz. Habrá que buscar otra ruta.

—¡Oh, Señor, oh, Señor, no puede ser verdad!, ¿por qué? —empieza Chloé a lamentar. La otra chica está completamente pasmada y no reacciona, en tanto que Jean-Claude, que no es la primera vez que asiste a una muerte, tan sólo pone cara de compungido, pero de inmediato intenta consolar a su compañera de desdichas. Yo, por mi parte, no tengo tiempo para pensar en

nada más que las posibles salidas de esta zona. Tiene que haber alguna a nuestro alcance. Si al menos estuviera yo solo, podría...

Tales pensamientos me ocupan cuando el comunicador del casco cobra vida con la voz de Forget.

—Chaval, ¿estáis todos bien? Decidme que sí.

—No os preocupéis —respondo—. Quitando al de la brillante idea, el resto estamos bien. Pero seguro que van a tener pesadillas —sé que el resto de mi equipo lo está oyendo también, y soltando suspiros de alivio.

—Ya se las borrarán, no pasa nada. Ahora lo que tienes que hacer es encontrar un modo de llegar hasta nosotros. El pasillo es impracticable.

—No hace falta que lo jures. Está bien, a ver qué se me ocurre.

Miro a mi alrededor. Cada vez cuesta más respirar. Estoy entre la espada y la pared: un fuego u otro más grande. Igual no va a ser tan sencillo. A mis pies, los civiles se abrazan atemorizados sin capacidad de respuesta, mirándome con ojos suplicantes. Tiene que haber algo, una opción que se me escape... ¡Piensa!

Una súbita inspiración.

—Jefe, ¿puedes decirme si las cornisas son franqueables? Me pareció ver que sí.

Transcurren unos instantes. Me lo imagino toqueteando apresuradamente su dispositivo, consultando los planos estructurales del edificio.

—Ancho de treinta y dos centímetros.

De sobra. Tampoco estoy para ponerme quisquilloso. Ahora sólo necesito una forma de llegar hasta ahí. Veloz, tanteo puerta tras puerta sintiendo la temperatura, buscando una que no me depare la misma suerte que al civil. Que no me equivoque, por favor. Que no me equivoque.

—¡Esta!

Cargo con el hombro, bendiciendo las protecciones del traje. Estaba en lo cierto: hay humareda pero no llamas. Al otro extremo se entrevé la ventana del salón. No podemos dudar.

—¡Vamos, en pie! ¡Vengan conmigo!

Mis palabras son una posibilidad a la que se aferran por si detrás hubiera una certeza: la de sobrevivir. Pasan los milenios, pero la mente huma-

na sigue siendo la misma, anclada en los instintos más básicos. Se habrían metido en el fuego si se lo hubiera ordenado. Bien, así será más fácil. Casi empujándome, entran en el apartamento y siguen la dirección que indico con el brazo hasta la ventana. Coloco la puerta en su sitio aunque no sirve de mucho con el cierre roto, pero psicológicamente ayuda no ver los problemas.

—¿Y ahora?

—Por aquí.

Con el hacha de pico rompo el cristal en múltiples pedazos que caen abajo. Espero que no pasara nadie por la calle. Limpio a toda prisa el marco para que no se corten con ningún fragmento.

—No... Espera. ¿Lo estás diciendo en serio? —Yvette exclama, turbada.

—Ni loca salgo yo ahí —afirma la mujer.

No tienen otra opción, me temo. Y así se lo dejo claro.

—No hay problema. La cornisa es ancha, y yo los ayudaré. Pasaremos uno a uno. Se agarran a mí.

Dudan unos segundos, suficientes para convencer a sus cerebros de que no hay alternativa. Pero sus rostros son signo de que habrían aceptado cualquier otra cosa.

—Usted, va primera. Venga —le digo a la joven.

Salgo a la fachada. La prueba de vértigo fue mucho peor, aquí estamos tan alto que ni se distinguen las distancias, como ir en la nave. Pan comido. Avanzo con pasos cautos hasta la ventana más alejada, que da a una zona más allá del foco de fuego principal. La rompo y despejo igual que hice con la otra, y desando el camino. Me coloco de cara al edificio y agarro la mano de la chica, a la que animo a salir.

—Yo la cojo.

A regañadientes, lo hace. Está temblando como una rama al viento. Apoya las manos en la pared y cierra los ojos. Ni siquiera levanta los pies, los va arrastrando insegura. No me importa, con que llegue al otro lado me conformo. Tras un minuto angustioso lo conseguimos. Cruza el umbral con un resoplido de alivio y se sienta en el suelo.

—Me encuentro fatal —dice—. Me cuesta respirar.

—Es el miedo —respondo.

—¿Quién querría sentirse así de forma voluntaria?

«Yo mismo», pienso, mientras intento encontrar las palabras para explicarle a alguien lo genial que es tener cansancio, dolor, hambre, sueño, sed, y saber que eso es sentirse vivo. Que ninguna simulación jamás hecha, por realista que sea, podrá siquiera acercársele. Que todo el mundo de dentro me parece falso y vicario, una ilusión hecha a base de espejismos, donde nada perdura y todo es efímero. Pero al final me siento incapaz de transmitirle esto, porque todo se limita a sensaciones y creencias personales, a gustos propios. Y sé que nunca lograré convencerla, así que prefiero no decir nada. Lo que cuenta es que cada uno sea feliz.

—Ahora vengo. Quieta ahí.

Vuelvo a por la mujer, que es la siguiente. Lo hace al revés que Yvette: se pone de espaldas al muro y me abraza, atrayéndome hacia ella y presionando contra mí su generoso busto. Parte de mi cuerpo cuelga por encima del vacío, pero no me importa, pues uso cualquier elemento de la fachada para asegurarme mientras nos movemos con pasos laterales hasta la ventana. Este día tan extraño se ha quedado sin excusas para sorprenderme.

Ya sólo queda Jean-Claude. Cuando vuelvo, compruebo extrañado que ya ha salido al exterior y está contemplando el lejano asfalto con aire dubitativo.

—Jean-Claude.

No responde.

—Jean-Claude...

Con fatiga, me mira. Está llorando otra vez.

—Me sentí muy triste cuando ella murió...

Debo pisar con mucho cuidado a partir de aquí, pues es terreno inestable, como caminar sobre maderos ennegrecidos. Me quedo callado, cavilando para atinar bien con lo que digo.

—Y, ¿cómo cree que se sentiría ella si usted muere?

Se queda paralizado, y mis palabras parecen surtir efecto.

—Querría que siguiera adelante y fuera feliz —remato.

De nuevo sosegado, recupera la sonrisa. Tendré que publicar algún libro de autoayuda...

—Tienes razón. Perdóname, soy un estúpido.

—No hay problema. Es muy valiente.

El humo ya brota de la ventana por la que hemos escapado. Con muchas precauciones llevo al hombre al otro lado. Pone bastante de su parte, la verdad. Concluida la operación, les dejo descansar unos minutos mientras hago un reconocimiento de la puerta de salida. Me complace ver que no estaba errado: este piso va a dar más allá del incendio original, que parece tener predilección por avanzar en el otro sentido, quizá debido a la corriente de aire. Tenemos unos metros de margen para pasar. Si lo hubiera meditado un poco más, ahora sería tarde y toda esta peripecia no habría servido de nada.

—¡En marcha! Esto va bien.

Se reanuda el éxodo. Cogidos uno a otro por la muñeca, me siguen fielmente como crías de pato a su madre. Tras girar un recodo distingo el color metálico de una puerta de acceso al área de mantenimiento. Estas zonas son atajos de valor inestimable y podremos movernos más rápido, ya que discurren por la zona central del edificio, por lo que las distancias son más pequeñas. Saco del bolsillo mi llave especial (similar a la que tenemos para desbloquear las de los ascensores) y la abro. Pasamos al otro lado.

—¿Pero qué es todo esto?

Nunca habían estado en un lugar así. Acostumbrados a entornos luminosos, acogedores y limpios, tuercen el morro ante toda la maquinaria, las escalerillas, los pisos enrejados y los ventiladores gigantes emitiendo un zumbido persistente. Son las entrañas de la bestia. Nadie debería morar aquí.

—Qué grima, cuánta suciedad, está todo hecho un asco —dice Yvette. Todavía arrastra un poco las palabras al hablar.

—Es la zona de mantenimiento. Detrás de bambalinas, así es como funciona el mundo realmente. Esto es lo que lo hace moverse.

—El mundo real es una mierda. Nadie quiere salir.

No es verdad. La contaminación y las guerras desaparecieron hace años. Pero si dijeran eso casi todo el mundo querría «volver», y el sistema ya no está capacitado para soportar ese nivel de carga. Año tras año los servicios del mundo físico se han ido reduciendo a la mínima expresión. Por desuso se perdió, como una especie de atrofia. Y aunque suene egoísta, casi lo prefiero.

Me gusta el mundo de aquí afuera y no quiero que vuelva a estropearse. Lo quiero intacto, bello y perfecto como es, todo para mí.

Consulto un plano de la planta que hay plastificado en la pared. Lo recorro con el dedo trazando la ruta que vamos a seguir, memorizando (podría hacerle una foto con mi dispositivo, pero me da pereza). Proseguimos la marcha. Chloé lleva los hombros encogidos, brazos cruzados y pegados al cuerpo de forma muy graciosa. Seguramente sospeche que va a sufrir una descarga eléctrica si hace contacto con alguno de los paneles o cables. Los otros dos, en cambio, miran con curiosidad creciente como caminando por un museo.

Bajamos varias plantas hasta la base de este bloque. Hay una esclusa de acceso al inferior, pero se ha sellado automáticamente cuando comenzó la emergencia, y ni yo tengo los códigos para invalidarlo. No importa, lo que busco es otra cosa. Salimos por la puerta hasta la zona residencial, y a esta altura sé que a mitad de cada fachada hay un saliente semejante a un balcón pero no pensado para el tránsito de gente. Se veían bastante bien desde la aeronave, y lo que me interesa de veras, es que eran ideales para un rescate por izado. No vamos a pararnos a ojear el bello atardecer, sólo queremos salir de este lío.

—Arcángel Uno, ¿me recibís? Estamos en la planta base de este bloque, en la cara sur.

Me reconforta oír la voz de Duguay.

—¿Estáis bien? ¡Menos mal! Aquí ya casi estamos acabando, ha llegado otro equipo para asistirnos. Hay uno en parada, le están haciendo RCP ahora mismo, demasiadas escaleras para él parece ser. El resto, sanos.

—Podría ser peor. Nosotros las hemos pasado putas, pero he conseguido traerlos hasta aquí. Ahora necesito vuestra cooperación, estoy pensando en un izado. ¿Te acuerdas de los salientes esos, como terrazas pequeñas?

—¡Sí! Buena idea. Porque tampoco es que tengáis mucha alternativa... ¿Seguís siendo cuatro?

—De momento, y que dure.

—No digas más. Cuervo en camino, marchando un rescate exprés.

Los adoro. No pasan ni dos minutos y ya se adivina la silueta, recortándose contra el cielo azulado. Desciende con cuidado hasta diez metros por encima mientras los drones se apartan una distancia prudencial. Por la portezuela abierta me hacen señas mis compañeros indicando que están listos para proceder. Duguay ya ha preparado el arnés de color naranja fosforito.

—Tendrías que verlo... Hay escombros en llamas cayendo cada poco. De lejos parece que el edificio esté llorando lágrimas de fuego —transmite.

Muy poético. Pero razón de más para salir pitando de aquí.

—Puf... Al fin. Pensé que no llegaría nunca este momento —susurra Chloé.

—Pues venga. Va a ser la primera.

Sin disimular su alivio, deja que le coloque el arnés que han bajado hasta nosotros mientras hago lo posible por no mirarle los senos. Visto y no visto la suben hasta la nave, donde la acomodan en uno de los asientos y le abrochan el cinturón. Estoy seguro de que han intercambiado una mirada sugerente. Suerte que no está Duchesne...

Siguiente pasajero. Jean-Claude se ofrece a ir.

—No es por cobardía. Creo que será mejor que no me quede el último, como la otra vez. Ya sabes.

Asiento. Bajan de nuevo el arnés, lo engancho con firmeza, y antes de que lo suban se despide de mí con un afectuoso pellizco en el mentón sin cesar de darme las gracias. A mi espalda, Yvette lanza un reproche mientras camina en círculos.

—¡Y yo la última! Qué ganas tengo de que pase todo, y volver dentro...

—Prefiero esto. Le da mil vueltas a cualquier fantasía.

—¿Pero qué dices? ¡Si está genial! Puedes hacer todo lo que quieras, sin consecuencias. La gente no muere de verdad allí dentro. Puedes cumplir todos tus sueños, puedes recorrer todo el mundo, conocer a cualquiera, ser quien quieras. Es todo perfecto.

—Da igual. No es real. Son sólo imágenes, sonidos. Señales que el sistema nervioso procesa. Parece de verdad, pero no lo es.

Se para y me mira, muy seria.

—¿Y si para tu mente es real, qué diferencia hay?

Es difícil replicar a este tipo de argumentos. Me hacen temer, incluso, que pudiera algún día cambiar de opinión. Y eso me parece terrible. No puedo atinar el porqué, pero necesito estar fuera. No quiero vivir engañado, en una ilusión, por inmaculada que sea. Quiero morar la realidad, conocer la razón absoluta, la fría y calculada racionalidad del mundo físico. Quiero ver, oír, oler, tocar y degustar de verdad, sin sentirme atrapado dentro de la caverna de Platón. Y si hubiera otra dimensión más allá de esta, querría poder salir de alguna manera. Me asfixia saberme atrapado, más que el humo de cualquier fuego. Y con estas mismas palabras se lo digo.

—Yo creo que lo tuyo es algún tipo de trastorno. Eres un anticuado —ríe.

Puede. Pero cada uno tiene que vivir su propia vida, no lo que guste a otro...

—¿Y cuando seas un anciano, y ya no puedas valerte? —insiste.

«Espero estar muerto para entonces», pienso.

—¡Venga, el último y luego tú! —me comunican por la radio.

Casi me alegro de interrumpir esta discusión que no lleva a ninguna parte. Bajan el arnés de nuevo, y justo cuando me dispongo a ponérselo a la chica Duguay me deja sordo de un grito.

—¡CUIDADO!

Alzo la vista sin entender, pero alerta. Me están haciendo señas. Me quedo sin aliento al comprobar lo que se nos viene encima. Mientras la nave se aparta bruscamente quedando el arnés fuera de alcance, levanto a Yvette del suelo y cargando con ella en brazos corro hasta la ventana que por fortuna está cerca. Sin miramientos me lanzo dentro de un salto. El trozo de balcón del bloque superior, deteriorado sin duda por el incendio, cae a plomo e impacta en el punto donde estábamos hasta hace tres latidos, derrumbando la estructura y mandando todo a la calle, tan lejos que ni llega el ruido. La chica y yo nos miramos, incrédulos. Nos hemos dado un buen golpe, pero un moratón tiene solución, la muerte no. Informo a mis colegas de nuestro estado.

—¡Joder!

—¡No, otra vez aquí dentro no! Ya casi estábamos...

Nada de lo que diga va a quitarle el desconsuelo, así que pienso otra alternativa mientras llora con rabia, dando con las palmas en el suelo a cada sílaba.

—¡Estoy harta, joder! ¡Harta! ¡No vamos a salir de aquí nunca!

Me enfadaría yo también, hay motivos de sobra, pero eso no me va a teletransportar fuera del edificio por arte de magia. Sólo me tengo a mí mismo. Dejo que libere tensión mientras repaso mentalmente las opciones. La más sencilla y directa es correr hasta la terraza del lado este u oeste y repetir la jugada. Servirá.

—Vamos, en pie. Nos sacarán por otro lado.

Oír esto hace que se le pase un poco el berrinche. La verdad es que para ser tan joven me esperaba algo peor. Obediente, me sigue y nos internamos de nuevo en la zona de mantenimiento, para acortar. Cada vez hay más llamas por todas partes. Hagamos lo que hagamos seguramente sea nuestro último cartucho. Me niego a que esto se convierta en mi pira funeraria.

—A ver, tiene que ser por aquí...

Una sala, luego otra. Sólo nos queda un último tramo y seremos libres. No voy a morir en este estúpido edificio barato. Aún queda mucho por ver.

—Aquí es —certifico, tras ver el cartel de la puerta. La abro, y...

—¡No!

Fuego. Ardiendo, al final del pasillo. Siempre, siempre el maldito fuego. Lo odio. Por eso me hice bombero, para combatir contra él. Y ahora, desde el fondo de este estrecho corredor se ríe de mí y mi indefensión. Es lo único que nos separa de la zona residencial y la terraza oeste, pero no tengo nada con que extinguirlo. Mi traje podrá aguantar un paso rápido a la fuerza, y los de Administración me pagarán una cara nueva si hace falta, pero es demasiado para la chica y ese ropaje que apenas la cubre. Recuerdo las palabras de Duchesne. No puedes apagarlo meando.

Piensa. Piensa. Está ahí, ya puedes tocarlo.

—Supongo que ya da igual...

Yvette se sienta y cierra los ojos, abrazando sus rodillas. Si la religión aún existiera diría que está rezando. No voy a dejarla aquí. No puedo. Piensa, piensa. Clase de contraincendios, día uno. Métodos de sofocación de un

fuego. Pero todos requieren algo, y yo no tengo nada, sólo la radio, y esta asquerosa zona de mantenimiento que...

Un momento, ¿podría funcionar?

No, corrijo. ¿Tengo otra opción?

—Laurent, ¿estás ahí?

—No voy a irme sin ti —salta al instante.

Lo quiero. Es una persona maravillosa. Y lo que es más, es el mejor técnico informático de nuestros equipos. En una ocasión tuvo incluso que meterse en la simulación para convencer a un civil, reacio, de que saliera. Afortunadamente lo consiguió, y aquella experiencia fue la que llevó a darnos la posibilidad de enviar la orden de desconexión. No querían que volviera a pasar lo mismo. Lo he visto fisgar en más sistemas de los que debería. Casi toda la seguridad ahora está «dentro», no «fuera». Le explico detalladamente lo que quiero que haga.

—No creo que pueda hacer eso.

—Venga, no me jodas, te he visto mangonear la máquina expendedora para que saque chocolatinas de más. ¡Nos estamos quedando sin tiempo!

Pasan unos segundos que se hacen horas.

—Voy a intentarlo, pero no prometo nada —responde con tono inocente.

«Ojalá se dé prisa», pienso, aunque no quiero parecer desesperado delante de un insignificante «durmiente», y menos aún, una adolescente.

—Pues sí que se puede, aunque no lo he hecho nunca. Cuando me digas.

Me agacho junto a Yvette. Le digo lo que tiene que hacer. Le pongo mi casco integral con máscara de sello estanco y suministro de aire.

—Tengo miedo —dice.

La miro a los ojos, o donde creo que estarán tras el metacrilato de visión unilateral del que está hecha la pantalla —es mi cara la que veo—, mientras pongo mi mano afectuosamente en su hombro derecho.

—Eso es que está viva —le respondo.

Y tras unos segundos ella asiente, y parece que por fin ha entendido.

—¡Ahora, Laurent!

Jugar a aguantar. Es todo lo que tenemos que hacer. Mi compañero envía la orden al sistema de extinción de incendios presente en la zona de mantenimiento. Con las puertas selladas, las bombas inundan de heptafluoropropano la ubicación donde estamos. Es un gas inerte que desplaza el oxígeno “matando” el fuego por inhibición, pero lamentablemente provoca a su vez la muerte por asfixia de cualquier persona presente. Por este motivo, si los sensores detectan presencia humana en la zona el mecanismo de seguridad impide que se libere, mecanismo que Laurent ha invalidado a petición mía. He cogido una buena bocanada de aire antes, y me quedo tendido en el suelo y lo más quieto posible para que me dure. Es como en la piscina. Claro que allí sólo nos pedían un minuto...

La chica me coge y aprieta la mano, como para animar. A ella le ha tocado la parte fácil. La máscara tiene provisión para media hora, pero compartirla sería algo complicado dado que romper y recuperar la estanqueidad de la misma lleva unos segundos y prefiero no arriesgarme a que le entre pánico. Le medio mentí antes a Jean-Claude. Administración no nos pide ser héroes, somos nosotros mismos los que nos lo imponemos. Mejor morir con la conciencia tranquila que vivir con la culpa.

—Listo —me informa Laurent al cabo de un rato. Giro el cuello para ver los resultados. Con la atmósfera saturada de gas, las llamas se han apagado como una vela. Sofocado, deja sólo inofensivas volutas de humo tras de sí.

No quiero hablar, pero según acordamos antes, toco dos veces el micrófono para darle la señal de «Ahora». No demasiado pronto, está claro. La angustia que siento es terrible.

—¡Allá va!

Detiene el sistema extintor y activa la ventilación al máximo, desbloqueando el acceso exterior a la zona residencial. La violenta ráfaga de aire entrante me golpea el rostro y se siente vivificante, pero...

—¡Sí! ¡Toma ya!

Oigo a alguien, pero me da igual. Estoy lejos. Muy lejos...

—¡Oye!

Abro los ojos, pero algo no va bien. Es como si hubieran apagado las luces.

—¡Eh!

Lejos...

—¿Estás bien? Por favor, dime que estás bien.

El coro celestial deja de cantar y ya sólo queda un ángel. Enfoco la imagen. Es Yvette, que me da cachetes de forma suave. Estoy tumbado en el suelo y seguimos en la zona de mantenimiento. ¿Qué ha pasado? Ah, sí, el aire...

—Te desmayaste —dice—. Te he hecho el boca a boca —añade con timidez.

—¿De veras?

—Sí.

—¿Cómo ha aprendido a hacerlo?

—En clases virtuales de primeros auxilios. ¿Qué te crees, que la simulación son todo videojuegos?

—Ya veo... ¿En serio dejé de respirar?

Se sonroja y desvía la mirada.

—Bueno, igual no, pero... Soy una aprovechada, lo sé.

Y sus ojos son los de una niña cazada pintando corazones con tiza. Apenas le saco siete años, pero siento como si nos separara todo un siglo.

—Venga. Salgamos de aquí.

Desde la azotea el mundo parece distinto. Cambia el color del cristal a través del cual miras. A veces, si lo que has vivido te marca de verdad el cambio es permanente. Mientras Yvette y Chloé se abrazan, cierro los ojos y aspiro el dulzón olor del plástico quemado. Suena la familiar voz enronquecida de Bernard.

—¿Cómo está el pollito?

«Vivo, gracias a vosotros».

Aparecen los limpiadores, los equipos encargados de eliminar todo rastro de las miserias cotidianas y restaurar la inmaculada armonía. Tienen el penoso deber, entre otros, de retirar los cadáveres de aquellos que fallecen en soledad sin ser reclamados por nadie, o de los que mueren en compañía de otros que nunca llegan a enterarse. E incluso —y esto es más triste todavía— si los otros se han enterado, pero deciden que no es suficientemente importante para suspender su simulación. Suelen organizar entierros virtuales para despedirse de ellos, mientras a unos metros de su cuerpo físico el cadáver de su antiguo compañero es metido en una bolsa.

Gaston, el jefe del equipo que llega, nos saluda alegre. Su macabro trabajo jamás le ha borrado la sonrisa del rostro. Aún no se me ha olvidado la última anécdota que me contó durante una visita, tomando un café en la sala de ocio de nuestra torre de vigilancia.

—Una vez, se nos acumularon los encargos, porque a los que mueren solos se les asigna menor prioridad, sabes, y cuando llegamos al último, el gato ya le había comido media cara al dueño.

La cápsula se había abierto automáticamente tras el deceso en espera de los encargados. El malogrado no tenía un robot que se encargara de atender las necesidades del felino como sí poseen algunos de los «durmientes». A veces, los manejan de forma remota desde dentro de la simulación. Pero los animales aún no han podido reeducar sus instintos como nosotros. Para ellos la ciudad sólo es otro tipo de jungla. Hay máquinas para todo, salvo para enseñarnos a vivir.

Forget se acerca y me choca los cinco.

—Nos preocupaste por un momento, pero lo has solventado bien. De 10.

—¿Y ahora qué?

—Los van a cambiar a otro edificio residencial de forma temporal, pero casi seguro será permanente, porque cuando se repare el suyo ya no querrán volver a mudarse, por pereza. Pasa siempre.

Cuando vives en un sueño, te da igual cómo sea la cama.

—En realidad, esto es más común de lo que piensas. Simplemente no lo has visto antes porque has tenido suerte.

—Suerte.

—Sí.

—Suerte...

Los civiles se acercan a nosotros para despedirse antes de que se los lleven. El infartado ya está en un hospital recibiendo cuidados. Los Jacques van delante de la comitiva. El memo de Duchesne silba cuando Chloé pasa por delante, y la mujer sonrío y se ruboriza. «Ojalá no cambien nunca», pienso. Ya me he acostumbrado a ellos, a sus virtudes y sus vicios, a sus manías. No quiero otros.

—¿Puedes enseñarme a vivir? De verdad, quiero decir.

Es Yvette la que ha dicho esto cogiéndome por sorpresa. Se pone a mi lado, sentada en el pretil. Está tan contenta que parece otra.

—Es algo que se coge con la experiencia. Nadie puede enseñárselo.

—Vaya, no sé. Yo... Bueno, me lo pensaré —promete—. De momento tengo muchas cosas pendientes dentro, ya sabes, pero en cuanto pueda... Igual no da tanto asco esto.

Ya cambiará de opinión esta noche, me digo. Cuando se acuerde del muerto.

—Pero tú... —continúa, recriminadora—. Tienes que prometerme que lo probarás al menos una vez. ¡Y haz el favor de tutearme! Que soy más joven que tú. ¿Trato? —y tras mentir y decirle que sí, me besa en la mejilla y se va hacia su aerotransporte.

El último es Jean-Claude. Todo cordialidad, me abraza y me dice que está a mi disposición para cualquier cosa que requiera. Ha aprendido el verdadero valor de la existencia, alega: disfrutarla mientras dure.

Ya relevados oficialmente, recogemos todo y nos dirigimos hacia nuestra nave. Aún nos queda media guardia, pero creo que ni en media vida volveré a experimentar algo parecido, y debo confesar que no me atrae la idea. Me siento raro. En mi interior está teniendo lugar un debate entre declararme feliz o caer deprimido. Es extraño, no noto inclinación alguna hacia una opción u otra. Es como si me hubiera quedado en tierra de nadie, en la frontera entre dos mundos y sin ganas de hollar ninguno. Lo que acabo de vivir me ha afec-

tado y me ha dejado intacto a partes iguales. Supongo que lo declararé un empate, una experiencia más. Despegamos de vuelta a la torre.

Abro la compuerta lateral con la aquiescencia de mis compañeros, me muevo al puesto del operador de grúa y, tras asegurarme a la línea de vida, dejo que mis piernas cuelguen libres y mecidas por el viento. Y entonces, miro sereno el hermoso horizonte crepuscular mientras pienso en todo lo que alguna vez he perdido, y todo lo que nunca tendré.

